

# INTRODUCCIÓN [2009]

Luis Díaz Viana y Susana Asensio Llamas

## Las ediciones de la Colección de cuentos de Espinosa

Esta obra que aquí vuelve a publicarse fue editada entre 1946 y 1947 por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas en tres volúmenes. Esta forma de presentación puede ser considerada, si no del todo arbitraria, bastante coyuntural en cuanto a los usos y quizá también las limitaciones técnicas de la época. La colección de cuentos propiamente dicha, es decir, los etnotextos reunidos por su autor a partir, sobre todo pero no sólo, de sus propias recopilaciones, habían sido ya publicados por la Universidad de Stanford entre 1923 y 1926, igualmente en tres fascículos y también en español, pues nunca llegarían a editarse en inglés. A ese material, Espinosa añade en la edición del CSIC los estudios que dedicó a las principales temáticas —según las cuales agrupó las distintas versiones recogidas— a lo largo de varios años de su vida. En el prólogo institucional, fechado en el 1 de octubre de 1945, que escribió Ángel González Palencia para la edición de 1946 (y que omitimos por ser claramente lo que podríamos llamar «un apósito de circunstancias» antepuesto a la obra que, hoy, estorbaría más que favorecería su visión de conjunto), este profesor, archivero y estudioso proporciona, sin embargo, algunas informaciones de interés que iremos desgranando a través de la presente Introducción. Así, dice González Palencia que en 1934 y 1938 pasó con Espinosa, en la casa que tenía el folclorista en Stanford, «muchas horas de conversación sobre diversos extremos de su libro en preparación» (González Palencia, 1946, vol. I: VIII). Y no es nada sorprendente que los dos tuvieran mucho sobre lo que hablar, a pesar de sus diferentes formaciones y especialidades, ya que —entre

otras coincidencias de las que luego trataremos— ambos compartían la hipótesis de la procedencia oriental para muchos de los cuentos que, reacuñados en España, viajarían después a América.

La decisiva intervención de González Palencia que, andando el tiempo, sería director del Centro de Estudios Orientales del CSIC y hasta concejal del Ayuntamiento de Madrid en 1939, en la publicación final de la obra de Espinosa tal como éste idealmente la había concebido, o sea, con los etnotextos y sus correspondientes estudios, desmentiría por sí sola la suposición de que no hubo ninguna continuidad entre la apertura y colaboración internacionalista propuesta por el Centro de Estudios Históricos en tiempos de la JAE y las actividades de la institución que, al amparo del organismo rebautizado ya como Consejo Superior de Investigaciones Científicas, vino a sustituir, o reemplazar, a aquélla después de la Guerra Civil. Pues la colección de cuentos se edita precisamente ya en ese nuevo periodo y precedido de un escrito de González Palencia que —por cierto— intenta justificar la bondad de la obra dentro de un discurso al más puro estilo del nacional-catolicismo imperante:

El Sr. Espinosa, sus hijos, todos profesores en universidades americanas, y sus discípulos, diseminados por todo el país, siguen manteniendo enhiesta en las orillas del Pacífico la antorcha brillante de la cultura y de la lengua española, allí llevada por unos modestos misioneros (González Palencia, 1946, vol. I: VIII-IX).

De hecho, González Palencia, discípulo de Julián Ribera y Miguel Asín Palacios, y ligado primeramente a través de

éste a esa JAE inspirada por la Institución Libre de Enseñanza o, más en concreto, al Centro de Estudios Históricos de Menéndez Pidal, toma partido después por el bando mal llamado «nacional» y se convierte, acabada la contienda, en uno de esos académicos inquisitoriales que incoarán expedientes de depuración contra sus antiguos compañeros, ya se tratara de investigadores de la JAE o de profesores de la universidad, a los que además va a acusar de haberse beneficiado de «enchufismo» y «explotación» de los más débiles, así como de haber marginado a sus colegas «de derechas» en la época de la República. Dice en su escrito dedicado a «El Centro de Estudios Históricos» dentro del opúsculo de varios autores, entre los que se contaba Miguel Artigas —también viejo conocido de Espinosa—, y que lleva el amenazador título de *Una poderosa fuerza secreta. La Institución Libre de Enseñanza* (1940):

La obra del Centro resultó cara y sectaria, como todo lo que lleva el sello de la Institución Libre de Enseñanza y sirvió para encaramar a las alturas a ciertos personajes que se aprovecharon del esfuerzo de estudiantes y personas modestas [...] en lugar de agradecerles, que con el dinero de la nación les proporcionaron plumas para adornarse (González Palencia, 1940: 191-195).

Pero no sólo eso: González Palencia pasa a ser ideólogo del organismo que vendrá a ocupar el ámbito de la JAE y a propugnar tácticamente su conversión (socapa de una pretendida «despolitización de la ciencia») en un instrumento de utilización política de signo contrario al que, según su opinión, habría tenido hasta entonces. Escribe González Palencia en las páginas donde se ocupa de «La herencia de la Institución Libre de Enseñanza» en la obra ya citada:

Debe buscarse la forma de que la Junta de Ampliación de Estudios con todos sus anejos dependientes, pase a la Universidad, en la cual debieron crearse y de la cual no debieron jamás haberse divorciado [...]. Pero existen ciertos organismos, principalmente la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, con todos sus anejos, la Junta de relaciones Culturales Exteriores, que no deben desaparecer sino transformarse y ponerse al servicio de la nación, que les paga, y no al servicio de la secta, que les aprovecha (González Palencia, 1940: 273-276).

Los investigadores, como vemos, tampoco son exactamente ángeles: tienen por supuesto ideologías que condicionan sus trabajos o actitudes y, sujetos a los vaivenes de la política como cualquier otro, pueden intentar aprovecharse

de ellos también —al igual que quienes no lo son— pasando a comportarse (en los casos más lamentables) como pobres diablos que llevan el velón con que sumarse alegremente a la comitiva triunfante que, en cada momento, entierra o resuscita transformados los cadáveres de instituciones anteriores.

Lo que sí demuestra el caso de la publicación, ya en pleno régimen franquista, de la obra de Espinosa por el CSIC, es que, en ocasiones, las relaciones personales pesan más, y pueden resultar no menos duraderas, que las instituciones, superando los avatares políticos de éstas; y que, según parece, las conexiones de Espinosa con el Centro de Estudios Históricos no fueron en rigor institucionales, sino que se limitaban a la relación con algunos de sus miembros, a los que consideraba amigos, como él mismo se encargó de destacar en un párrafo de su Introducción:

Comisionado por la American Folklore Society para el viaje folclórico a España, salí de California en el mes de junio y llegué a Madrid a principios de julio del año 1920, y lo primero que hice al llegar fue visitar a mi buen amigo D. Ramón Menéndez Pidal, el bien conocido maestro de la filología española, en San Rafael para arreglar un plan definitivo y no perder tiempo [...]. Gracias a estos informes y a la ayuda constante de nuestro amigo y de los demás colegas de la Junta para Ampliación de Estudios, logré recoger en España una colección de unos trescientos cuentos populares (Espinosa, 1946, vol. I: XXXII).

Otra cosa es que Menéndez Pidal y Espinosa se plantearan en un determinado momento una relación interinstitucional de la Universidad de Stanford y el Centro de Estudios Históricos, según han consignado algunos autores (Catalán, 2001, vol. I: 105; Ortiz, 2007: 150); pero no parece que esa idea acariciada por ambos tuviera adecuada plasmación ni continuidad. José Manuel Espinosa, uno de los hijos de Aurelio que prosiguió la saga de folkloristas, es más explícito que el propio Aurelio en lo que atañe a las conexiones del folklorista con la institución española, precisando que su padre sólo recibió «útiles sugerencias de otros amigos en el Centro de Estudios Históricos de Madrid» (J. M. Espinosa, 1985: 40). Y Aurelio Espinosa, en el capítulo de agradecimientos de su *Advertencia* al segundo volumen nada dice de instituciones y se refiere de nuevo a Menéndez Pidal y González Palencia como «distinguidos amigos y colegas» (Espinosa, 1947, vol. II: 15).

En el párrafo final de su Prólogo, González Palencia hace público reconocimiento de esa amistad y apunta algunas de las razones para la misma:

Al tener la honra de presentar al público curioso estos dos volúmenes jugosos y densos, no puedo menos de evocar las gratas horas pasadas en la luminosa California, en la compañía del ilustre profesor Espinosa que sabe siempre acoger a todos los españoles con la más franca hidalguía, y en cuya casa y familia se hace un culto de la lengua española (González Palencia, 1946, vol. I: VIII).

Los dos nuevos volúmenes de Espinosa que, finalmente, González Palencia presentaba ufano, constituyen el trabajo de investigación comparativa sobre el corpus editado en Stanford al cual el autor daba gran importancia y, más que anotaciones o comentarios a los etnotextos (aunque el propio autor los denominara Notas), son una magna obra por sí solos. Que se publicaran entonces separados de ellos y en dos tomos distintos no parece que tenga más sentido que el de las necesidades de encuadernación, o el que se quisiera conseguir tres volúmenes de grosor semejante. Aparte de que Espinosa pudiera no tener del todo terminada la parte de estudios hasta después de que se publicara el tomo de etnotextos, pues el segundo y tercer volumen se editarán un año más tarde. El mismo autor viene a reconocer esto de algún modo en su Advertencia del tomo II, cuando declara que «se ha tratado siempre de hacer correcciones y enmiendas en vista de las nuevas publicaciones que se han venido publicando sobre cuentos hispánicos y de otras procedencias» (Espinosa, 1947, vol. II: 15).

Espinosa concedía a los estudios sobre los cuentos tanta o más importancia que a la recopilación misma, y por eso se demoró en su publicación tanto tiempo (casi quince años), aunque también reconociera en su Advertencia que la preparación de ese trabajo que llama modestamente Notas Comparativas, fue «interrumpida en varias ocasiones por muchas tareas administrativas y de enseñanza» en Stanford y otras universidades (Espinosa, 1947, vol. II: 13).

El afán y pasión por «comparar» —que compartía con los más destacados miembros de la American Folklore Society— fue la razón que movió a Espinosa para su recogida de cuentos en España (a cuyas versiones calificará escuetamente como Textos en el primer volumen de la publicación de 1946) y no al revés. No se encontró de golpe con unos materiales que debiera documentar o comentar. Su propósito metodológico era claro: «recoger una colección abundante de cuentos populares que nos hacía mucha falta para los estudios serios de folklore comparativo» (Espinosa, 1946, vol. I: XXXI-XXXII).

El enfoque o dimensión americanista de estos trabajos también resultaba bien nítido, pues él estaba convencido de la amplia influencia de España en América, incluso en

lugares y tradiciones culturales en los que no había sido suficientemente tenida en cuenta, ya que lo español era, en su opinión, más que una «cultura» una «civilización». Dice así en un estudio suyo, «Spanish and Spanish-American Folk-tales», donde se ocupa de las dos vertientes de transmisión a uno y otro lado del Atlántico:

Spanish-America, in general, although populated by peoples of different ethnic groups—even the population of Spain does not represent one ethnic group—, has developed and continues a civilization that is basically and fundamentally Spanish (Espinosa, 1951: 155).

Una concepción que no se hallaba tan distante de lo que Angel González Palencia, siempre muy dado a ensalzar «los principios fundamentales de nuestra gloriosa civilización hispana» pensaba al respecto (González Palencia, 1940: 276). Y que expresaría en el Prólogo a la obra de Espinosa, dentro del estilo imperial de la época:

España se honra con la publicación de esta obra, fruto de la diligente actividad de un hombre de nuestra raza, que ha hablado con los viejecitos de nuestras aldeas de toda España y ha recogido con amor un material precioso, al que nosotros no dábamos importancia, para después manipular con entendimiento y ciencia no comunes estos materiales, hasta componer un estudio comparativo de nuestro folklore tradicional, que permitirá conocer más a fondo los contactos de nuestra novelística con todos los pueblos del mundo (González Palencia, 1946, vol. I: VIII).

Las ediciones ya comentadas que Espinosa realizó de su colección de cuentos recogidos en España, primeramente publicados por la Universidad de Stanford y después por el CSIC, no fueron, en rigor, las únicas. El folklorista extraería de los 280 cuentos contenidos en ellas los 67 que aparecen en *Los cuentos populares de España*. Esta edición, de carácter divulgativo, se llevó a cabo también en 1946 y, desde entonces, Espasa-Calpe reimprimió el libro en varias ocasiones dentro de su Colección Austral.

La versión más conocida y que actualmente circula es la editada por Luis Díaz Viana en 1993, la cual sigue el texto publicado por Austral en 1946. Sólo fueron corregidas en esa última edición las partes en que aparecían erratas, respetándose en lo demás los criterios de transcripción de Espinosa aunque en algunos casos acarreen imprecisiones, incoherencias e, incluso, cierta dificultad en la comprensión. Explicaba el autor en su Introducción a la colección completa de cuentos publicada en el CSIC que empleó para transcribirlos «el

alfabeto ordinario español sin añadir un solo signo fonético» (Espinosa, 1946, vol. I: XXXIV), añadiendo que los signos ordinarios del alfabeto no indican los mismos sonidos para todos los cuentos; estaríamos, pues, ante una pronunciación figurada ya que las diferencias dialectales se han representado no mediante una transcripción fonética rigurosa, sino a través del vocabulario, de la expresión, del orden de las palabras. Espinosa incluyó en su colección las versiones asturianas de la colección de Eduardo Martínez Torner tal como éste las había anotado, mientras que transcribiría las suyas, como estamos viendo, según un criterio más filológico, pero, al fin y al cabo, bastante elástico y muy interpretativo.

Por otro lado, en la edición de Austral de 1946 —dirigida a un público más amplio que las otras— se aprecia cierta autocensura en la supresión, con puntos suspensivos, de algunas palabras que, entonces, serían juzgadas malsonantes. Así, c. por culo, si bien «culico» parecía ya estar permitido. Ese criterio no fue aplicado a la edición del CSIC del mismo año, quizá porque tenía un carácter más científico y menos divulgativo. La edición de 1993 mantiene, por lo demás, las versiones de los cuentos tal y como Espinosa lo hizo al efectuar su selección, sin datos de ningún tipo sobre informantes o lugar, remitiendo a quien desee conocer los pueblos y ciudades en donde fueron recogidos a su publicación en el CSIC.

En cuanto a la clasificación empleada en la edición de Austral cabe decir que es, básicamente, la que utilizó Espinosa en las ediciones completas de su colección de cuentos, si bien el apartado que en ellas aparece con el título de Cuentos morales, en la edición de Austral se denomina Cuentos ejemplares y religiosos. Ya que el apartado de Cuentos de adivinanzas no figura en ésta, temas como el de «La mata de albahaca» o «Las tres preguntas» han pasado a engrosar el grupo de los Cuentos humanos varios.

En el índice de la selección de Austral, Espinosa indicó el número que cada uno de los cuentos llevaba ya en la edición de Stanford y cuáles eran los que procedían de la colección de cuentos castellanos de su hijo Aurelio; éstos —no más de cinco— figuran bajo las siglas ECPC. Esta recopilación llevada a cabo por Aurelio M. Espinosa, hijo, aparecerá finalmente recogida en dos volúmenes por otra publicación del CSIC, dentro de la «Biblioteca de Dialectología y Tradiciones populares», en 1987 y 1988, con el nuevo título de *Cuentos populares de Castilla y León*. Con anterioridad, una versión abreviada de la misma había sido editada en 1946 dentro igualmente de la Colección Austral, con el número 645.

Nada dice Espinosa padre de los criterios que siguió para seleccionar, entre los 280 cuentos de su edición de

Stanford y las más de 500 versiones recopiladas por su hijo, los materiales de este librito de bolsillo. Podemos deducir, conociendo los planteamientos de Espinosa por otros escritos suyos, que la excelencia estética —o lo que él juzgaba como tal— jugó un papel muy importante, pues habla en más de una ocasión de «buenas» y de «malas» versiones; también debió de pesar en su elección que las muestras resultaran completas de acuerdo con los elementos del cuento tipo al que, hipotéticamente, remitirían. De hecho, y como veremos, Espinosa retiró de su recopilación 42 versiones de las 302 inicialmente recogidas en España porque eran «imperfectas y malas» respecto a otras de la misma colección (A. M. Espinosa, 1946, vol. I: XXIII). Es de suponer que Espinosa buscara, igualmente, cierta representatividad geográfica en estas 67 versiones seleccionadas para Austral que, entre otros libros modélicos en la divulgación de la literatura popular, incluye la magnífica *Flor nueva de romances viejos*, de su amigo Ramón Menéndez Pidal —publicada con el número 202 en la misma serie de la Colección.

### Criterios de ordenación y transcripción

Ofrecemos aquí la obra como podemos pensar que el autor debió de concebirla, con todos los volúmenes reunidos en un solo tomo y con los estudios reordenados, acompañando a los bloques temáticos. Hemos considerado que no era procedente ya mantener una división por volúmenes que resultó de una coyuntura concreta, puesto que, a todas luces, estuvo condicionada tanto por las imposiciones de un trabajo que fue avanzando lentamente en el tiempo, como por ciertas circunstancias editoriales —difíciles de desentrañar ahora por completo— que determinaron el que la obra apareciera así. Y esperamos, a pesar de ser conscientes del riesgo que ello comporta, que sea ésta una licencia de la que el lector actual se beneficie y agradezca por el más cómodo manejo de la obra en su conjunto.

Los textos que siguen, por lo tanto, provienen directamente de la edición de los *Cuentos Populares Españoles* del CSIC de 1946-1947. Los tres volúmenes han sido escaneados con herramienta de reconocimiento de texto, y posteriormente corregidos. Algunas partes, como la bibliografía general o las bibliografías de los diversos estudios, fueron escritas de nuevo dado que la diversidad de idiomas y grafías hacía que el resultado fuera ininteligible para la corrección.

La edición de 1946-1947 constaba —como ya se ha dicho— de tres volúmenes. Los cuentos se encuentran en el

tomo I, y la bibliografía y estudios en los tomos II y III. Las introducciones a los diferentes aspectos, que se distribuían entre los tomos I y II en esa edición, se han agrupado aquí, ordenadas diacrónicamente. En la presente publicación, que consta de un solo tomo, hemos optado por situar los estudios al final de cada bloque de cuentos, por lo que creemos que los grupos temáticos de documentos orales establecidos por el autor conservan su coherencia, y los estudios y bibliografías al respecto también.

Los 280 cuentos transcritos, y sus estudios, se dividen en estos seis grandes grupos:

1. Cuentos de adivinanzas (1-30)
2. Cuentos humanos varios (31-62)
3. Cuentos morales (63-98)
4. Cuentos de encantamiento (99-162)
5. Cuentos picarescos (163-198)
6. Cuentos de animales (199-280)

Los textos orales de los cuentos transcritos por Espinosa, así como los de la Introducción, Advertencia y estudios, han sido en general respetados en sus modismos y particulares maneras de expresión, aunque sí fueran actualizados ortográficamente en diversos aspectos:

- preposiciones como «a» o «de» (antiguamente acentuadas: «á» y «dé»);
- formas verbales como «vio» y «fue» (en la edición de 1946 «vió» o «fué»);
- otras formas verbales como «reúne» (en la edición de 1946 «reune»);
- las mayúsculas aparecen también acentuadas aquí (como en «África»), y muchos de los acentos y signos ortográficos de otros idiomas que no aparecían en la edición de 1946 han sido recuperados;
- «conque» permanece o se transforma en «con que» dependiendo de la situación (v. g., «yo te daré un chiflo con que les harás marchar», cuento 12, Juan Soldao y la Princesa).

La ortografía original ha sido mantenida, sin embargo, en la bibliografía general y en todos los nombres propios, salvo en aquéllos en los que se han constatado errores o erratas, principalmente intercambios de letras o falta de alguna tipografía vernácula en idiomas como el danés, sueco, rumano o francés. En los casos en los que había varias opciones posibles (como el caso de «Milá y Fontanals», versión españolizada del apellido catalán «Milà i Fontanals», que se utiliza de ambas maneras dependiendo

del ámbito en el que aparezca) hemos preferido respetar la opción del autor.

Por lo que atañe a los nombres de los lugares de recogida de las versiones también se han actualizado, tanto en los listados que siguen a esta Introducción como en los cuentos mismos, haciendo referencia a los que aparecían en el original en nota a pie de página. Esto es así porque algunos de los lugares ya han desaparecido (caso de los pueblos de León que quedaron sepultados bajo el pantano de Luna), y otros han visto modificado su nombre (caso de la antigua provincia de Santander, hoy Comunidad Autónoma de Cantabria).

En todos los cuentos se ha respetado la numeración original de las ediciones de 1923 y 1946, salvo en la corrección de pequeñas erratas evidentes. Falta la localización de la versión del cuento transcrito como número 26 (Larga, larga, ¿adónde estás?), y también el lugar exacto de recopilación de la del cuento número 49 (Xuan y Maruxa), recogida en Asturias.

La bibliografía original de 1946 se ha mantenido en su formato original, muy personal, ya que a él se hace referencia en todos los estudios, según nomenclaturas hechas *ad hoc* para abreviar los títulos y autores. Sólo han sido modificados aquellos nombres de autores y títulos en los que se ha constatado la existencia de erratas. La nueva bibliografía y la de las citas aportadas en esta Introducción siguen, sin embargo, formatos ya actualizados.

En cuanto a las tablas de datos, en ellas se han separado los tantos por ciento referidos a las versiones para clarificar la lectura, y se ha actualizado la escritura incorporando «%» en lugar de la expresión «por 100» utilizada originalmente.

En nuestra Introducción hemos incluido también dos listados de los cuentos, elaborados para facilitar la búsqueda por título —con lugar de recogida— y por comunidad autónoma y localidad. Se incluyen algunas estadísticas que hacen patente la procedencia predominantemente castellana (en especial de la entonces llamada Castilla la Vieja) de las versiones recopiladas, abundancia que sorprendería a los Espinosa y de la que quedará constancia en la publicación realizada —después— por Aurelio Espinosa, hijo, sobre los cuentos populares de Castilla y León.

## La recopilación y el trabajo de campo de Espinosa en España

Los humanos somos seres que no sólo viajamos en el espacio y en el tiempo, sino también —y sobre todo— en la cultura, en las culturas, de cultura a cultura. Vamos por

el mundo cargados de nuestra tradición cultural que, a menudo, procede de otros lugares, distantes de aquellos en que estamos viviendo o en donde nacimos. Siempre estamos en tránsito, por lo menos, de una cultura a otra: desde la que llevamos puesta y nos acompaña a otros mundos porque nuestros padres o abuelos nos vistieron con ella, hasta la que contribuimos a crear allí donde nos posamos y que nuestros hijos heredarán. Como Eneas al salir de la Troya incendiada, cargamos con nuestro padre —en forma de vivencias culturales— hacia el futuro, que siempre tiene algo de exilio. Partimos, con nuestra cultura a cuestas, hacia otro lugar y tiempo. La Troya que dejamos ya nunca la volveremos a encontrar más que en escombros. Pero siempre existirá una Ítaca a la que poder regresar.

Resulta interesante la constatación de que los conquistadores de nuevos mundos, cuando lograban por fin asentarse en éstos, no pensaban al principio en qué podían más fácilmente cultivar y consumir, o con qué materiales construir sin gran esfuerzo sus casas. Por el contrario, intentaban trasladar al mundo nuevo todo lo que habían dejado allí, en la vieja Europa, sus hábitos alimenticios, su manera de edificar y organizar el territorio, aunque ello provocara, momentáneamente, un cierto marasmo ecológico y económico.

No menos significativo es que, a juzgar por lo que crónicas y testimonios de todo tipo reflejan, el descubrimiento y conquista de las nuevas tierras en América se hiciera a golpe de romance, con los versos octosílabos en la boca, convertidos ya en frases proverbiales y de validez ejemplar si no jurídica, en muchos de los casos; y se hizo también con los héroes de los viejos ciclos romancísticos —que lo habían sido ya de los cantares de gesta medievales—, o su tardía parodia quijotesca, como referentes y guías no sólo en la lucha contra el paganismo de los indios, sino incluso en las disensiones y pugnas con la propia Corona. Irving A. Leonard vino a demostrar en su iluminadora y bien documentada obra sobre *Los libros del conquistador* que, en efecto, se produjo una poderosa «influencia de una forma popular de literatura sobre la mente, la conducta y los actos» de aquellos hombres arrojados (Leonard, 1996: 10). Troya no habría ardido por completo. Y aunque estos nuevos troyanos la hubieran dejado atrás físicamente, les acompañaba en sus pasos.

Vale todo esto para resaltar que cuando Espinosa viene a España a recopilar cuentos populares de la tradición oral con la intención de obtener un corpus desde el que comparar sus versiones americanas, está aplicando una teoría que asume esa visión difusionista de la cultura. Será, por lo tanto, el suyo un viaje de vuelta a la Troya que creía punto de partida (o de paso) de las narraciones que había recopilado

en América y un regreso, también, a lo que él mismo consideraba sus verdaderos orígenes. Una búsqueda de la propia identidad familiar.

Espinosa, como estamos viendo, estimaba que era absolutamente necesario, dada la escasez de versiones españolas, obtener ejemplos que hicieran posible el estudio comparativo de la tradición oral de los pueblos iberoamericanos. Esto es porque el folklorista —tras su trabajo continuado recolectando baladas y cuentos ya a partir de la primera década del siglo xx en Nuevo México y el sur de Colorado— había llegado a la conclusión de que el folklore que había podido recoger en tierras americanas procedía originalmente de España (J. M. Espinosa, 1985: 40). La expedición fue costeada con fondos de la American Folklore Society, gracias al apoyo que, desde ésta, brindaron a Espinosa Franz Boas y Elsie Clews Parsons. Boas, con su gran autoridad como antropólogo de prestigio en los Estados Unidos, respaldaría intelectualmente el proyecto de Espinosa, y Elsie Clews Parsons, destacada etnógrafa y a la sazón presidenta de la Sociedad, facilitaría que la investigación pudiera llevarse a cabo gracias a su «generosidad» personal (en J. M. Espinosa, 1985: 40).

El folklorista llegó a Madrid a comienzos de julio de 1920 y visitó en primer lugar, como ya ha quedado dicho, a su amigo Menéndez Pidal en la casa de éste en el pueblo de San Rafael. Don Ramón le proporcionó un mapa del folklore de España que habría de servirle de guía en sus recopilaciones y se prestó a ayudarlo con una serie de recomendaciones y consejos. El propio Espinosa reconoce que visitó en primer lugar aquellas zonas señaladas como preferentes en el mapa lingüístico-folklórico que para él había preparado Menéndez Pidal y comenzó explorando la tradición en el norte, a partir de la provincia de Santander. Allí le acogieron amistosamente Miguel Artigas y José María de Cossío, en cuya Casona de Tudanca Espinosa recogería los primeros cuentos de su colección.

Después de permanecer tres días en Tudanca y Santotis, «yendo de casa en casa» y a menudo en compañía de Cossío, el folklorista regresó a la ciudad de Santander y, desde allí, emprendió ruta hacia Burgos (J. M. Espinosa, 1985: 41). En muchas ocasiones, como en su camino de Barbadillo a Santo Domingo de Silos pasando por Contreras —donde le recitarían los antiquísimos y épicos versos de la leyenda de Los siete infantes de Lara—, Espinosa se trasladó en arcaicas tartanas por estrechos senderos; el hecho de que, en esos recónditos lugares, se topara con versiones de una épica prácticamente desaparecida de la tradición oral moderna, y dicha por boca de quienes no habían abandonado nunca su pequeña aldea de nacimiento, vendría a confirmar lo que el

folklorista pensaba ya antes de su viaje: el origen de sus búsquedas, para más de un caso, estaba allí (J. M. Espinosa, 1985: 43).

De otro lado, y según recordará el propio Espinosa, las expresiones coloquiales con que se encontraba a cada paso le hacían dudar sobre si se encontraba en España o Nuevo México, reforzando desde la vida cotidiana sus tesis: «Buenos días le dé Dios» —le decían los familiares de Cossío—, o «¿Quiere su merced tomar la mañana?» —le preguntaba el inspirador de Pito Salces, que habría de convertirse en uno de sus mejores informantes, con un vaso de vino en la mano—. Y, ya fuera de la casa, un muchacho, preguntado por su nombre le contestaba: «Juanito Cabrero, para servir a Dios y a usted» —exactamente igual que hubieran hecho tantos nuevomexicanos— (en J. M. Espinosa, 1985: 70-71).

La evidente identidad de tradiciones en éstas y tantas otras cosas, reafirmaría a Espinosa en su convicción de que las culturas populares de raíz española se daban la mano de uno a otro continente, ahorrándole así el grosero error de simplificación que llevaría a otros estudiosos a identificar lo popular con lo indígena y lo español-europeo sólo con las culturas hegemónicas de América.

Durante casi cinco meses (de julio a diciembre de 1920), Espinosa prosiguió sus encuestas folklóricas por Palencia, Valladolid, Soria, León, Zamora, Segovia, Ávila, Cuenca, Granada, Sevilla, Córdoba, Ciudad Real, Toledo, Madrid y Zaragoza. Con frecuencia, el folklorista recogía, además de cuentos, otros géneros folklóricos y, muy especialmente, romances. A diferencia de otros folkloristas que aún piensan que sólo puede, o debe, encontrarse folklore en el medio rural, Espinosa llevó a cabo sus recopilaciones tanto en los pueblos como en las ciudades. Él mismo copió «a puño y letra» —según cuenta en la Introducción de la edición del CSIC— todos los cuentos populares españoles que, más tarde, habría de publicar (Espinosa, 1946, vol. I: XXXIII). El conjunto de narraciones que recopiló era, inicialmente, de 302, pero de ellas y de la pequeña colección recogida por Eduardo Martínez Torner que Menéndez Pidal cedería a Espinosa, éste editó solamente 280 ya que juzgó que las otras versiones resultaban incompletas.

Parece que al final de su recopilación Espinosa hubiera cambiado algunos de los planteamientos primeros; el miedo a no hallar materiales en algunas áreas había sido sustituido por un enorme entusiasmo y, así, concluiría diciendo:

Los cuentos populares se encuentran en España en todas partes. Lo único que importa es conocer el material tradicional y escoger los buenos. Hay regiones más prolíficas que otras, es verdad, pero no hay región de España donde no se puedan

recoger materiales folclóricos en abundancia. Los cuentos y los romances abundan dondequiera. España es un país viejo, sanamente viejo, y la tradición está todavía en pleno vigor (Espinosa, 1946, vol. I: XXXII).

Espinosa realizó sus encuestas preguntando —según hemos recordado— de lugar en lugar y de puerta en puerta, casi siempre acompañado por algún viejo amigo que le servía de introductor en sus visitas. Su hijo J. Manuel cuenta que «recogiendo cuentos y baladas entre la gente más pobre, Espinosa ofrecía una pequeña compensación económica, pero nunca le pidieron dinero y raramente se lo aceptaron» (J. M. Espinosa, 1985: 41). Sin embargo, el otro hijo de Espinosa, Aurelio, parece haberse servido habitualmente de esta estrategia en sus recopilaciones por tierras castellanas y leonesas, como se desprende de lo que el descendiente de una de sus mejores informantes, Azcarría Prieto, contaría después sobre las sesiones en que el encuestador entrevistó a la misma. El dato está recogido en un libro publicado por José Manuel de Prada Samper que ofrece un indudable interés para quienes quieran conocer los entresijos, así como las luces y las sombras, de las andanzas recopiladoras de los Espinosa en España: «Me acuerdo, sí, que ese señor a mi madre le daba por cada cuento una peseta. Y yo creo que le dieron de regalo alguna más. Aquello fue por la primavera, y la cosa es que sé que la primera vez que fue a contar cuentos me compró mi madre con lo que le habían dado unas botas. Para ir a la escuela» (Prada Samper, 2004: 45).

Espinosa padre empezó a ver totalmente superadas sus previsiones cuando llegó a la provincia de Soria. Recogiendo materiales en Blacos, Garray o Calatañazor, el investigador se sorprendió de la abundancia e interés de las versiones. «En 10 días recopiló unas 30 versiones de los que él consideraba los cuentos folklóricos más interesantes de su colección» (J. M. Espinosa, 1985: 44). Desde ese momento la sorpresa y el entusiasmo no hicieron sino crecer. Espinosa escribiría: «Es una lástima que siendo tan abundantes los materiales que se pueden recoger no se hayan recogido en España colecciones grandes de cuentos y leyendas populares» (Espinosa, 1946, vol. I: XXXIII).

Espinosa considerará en la Introducción española de los cuentos que su colección es representativa de toda España pero que, dada la riqueza folklórica del país, debería ser ampliada lo más rápidamente posible, con el resultado de nuevas recopilaciones. Y en una Nota a la segunda edición que acompaña a la Introducción de la publicación del CSIC se referirá, precisamente, a la colección recogida por su hijo Aurelio en las provincias castellanas durante el año

1936, también con el apoyo económico de la American Folklore Society: «Esta extraordinaria colección castellana —escribe allí— es la más importante y la más abundante en el número de versiones de que consta que yo conozco de toda Europa» (Espinosa, 1946, vol. I: 39).

La utilidad de su propia recopilación era, para Espinosa, múltiple: servía, desde luego, para estudios lingüísticos, para mostrar la riqueza de un camino que apenas había empezado a ser recorrido —el de las recolecciones de narrativa oral en la Península— y para fortalecer las teorías del folklorista respecto al origen español del folklore de Nuevo México y de otras áreas americanas. El valor intrínseco de la recopilación de Espinosa se vería después enriquecido por los minuciosos estudios que él mismo efectuó sobre los diferentes bloques temáticos de su colección. Una y otra cosa indicaban, indirectamente, el declive al que habían llegado, por aquel entonces, las recopilaciones y estudios de folklore en España. El propio Espinosa parece indicar, con elegante delicadeza, algo de esto cuando, en su Introducción ya mencionada, señala cómo «después de unos veinte años de actividad, las Sociedades españolas de Folklore desaparecieron por completo y con ellas desapareció al parecer el interés por el folklore», que habría decaído irremediablemente (Espinosa, 1946, vol. I: XXVII). Para él, según sigue diciendo allí, solamente los romances eran en España, por aquel tiempo, objeto de estudios serios: los de su admirado amigo Menéndez Pidal. Y aunque el propio Espinosa recogería balada hispánica, publicando importantes trabajos al respecto, nunca osó rivalizar con la sabiduría de su colega sobre el romancero, actuando como un colaborador más suyo, ya que le consideraba «la autoridad en esa materia» (en J. M. Espinosa, 1985: 52).

En contraste con esta situación de España acerca de las investigaciones folklóricas, la del estudio del folklore en los Estados Unidos resultaba francamente halagüeña. Prosigue Espinosa:

En los Estados Unidos el interés por el folclore español ha sido desarrollado principalmente por la American Folklore Society y el entusiasmo incansable del profesor Franz Boas. Gracias a su talento y a su amplia visión científica los estudios del folclore americano se han desarrollado de una manera maravillosa y los estudios comparativos del folclore de las regiones donde la tradición española ha dejado sus influencias han sido favorecidos por él por todos los medios posibles (Espinosa, 1946, vol. I: XXVIII).

La influencia de esta obra de Espinosa ha sido inmensa. De hecho —y como señalaba Stanley Robe— «no se ha

publicado un texto que se le pueda comparar desde la fecha de esa edición». Y el mismo autor apunta que, con su referencia a las versiones nuevomexicanas recogidas por el folklorista en las abundantes notas de los volúmenes segundo y tercero de sus *Cuentos populares españoles*, Espinosa también «marcó la dirección de los estudios posteriores sobre el folklore de Nuevo México, pues la mayoría de ellos llevarán el sello de sus procedimientos e intereses» (Robe, 1977: 10). Briggs apunta lo mismo refiriéndose a los trabajos de A. Espinosa en una reseña sobre un libro editado por su hijo J. Manuel: «Espinosa's tremendous emphasis in Spanish origins minimizes the extent to which oral traditions reflect both local events and the San Southwest's Mexican heritage» (Briggs 1987: 237). Y a ello volveremos después.

Es verdad que había recopilaciones anteriores y bastante tempranas de cuentos en España, realizadas a finales del siglo XIX, entre otros por «Fernán Caballero» (1878) y Hernández de Soto (bajo la dirección de Antonio Machado y Álvarez, 1883-1886), a las que el propio Espinosa se refiere y que no vamos a recordar pormenorizadamente aquí; así como que a principios del XX se produjeron más recolecciones de narrativa popular, pero se trataba de recopilaciones de carácter local y regional como las de Constantino Cabal (1924) o Aurelio de Llano Roza de Ampudia (1925) sobre cuentos asturianos. Después vendrán otras parecidas, sobre cuentos, leyendas o mitos, como las efectuadas por Curiel Merchán en Extremadura (1944), Larrea en Aragón (1947) y Cádiz (1959), Cortés Vázquez (1952 y 1979), Díaz y Chevalier (1983) o Barandiarán Irizar (1983) en el País Vasco, sin olvidar la publicación tardía que de cuentos castellanos realizará Aurelio M. Espinosa, hijo (1987-1988). Con frecuencia, también, se trata de muestras reducidas o muy localizadas que aparecen en obras más generales que recogen ejemplos de distintos géneros sobre el folklore de una determinada zona, así las publicadas por Azkue respecto al País Vasco (1935-1947) o Amades acerca de Cataluña (1950-1955 y 1950-1969). Una excepción a esta tendencia de presentar recopilaciones restringidas a una zona muy concreta o a los distintos géneros (el folklore) de otras, lo ofrece la obra de Caro Baroja dedicada a *Algunos mitos españoles* (1974). Y otra *rara avis* lo constituye un curioso libro publicado póstumamente, la guía o manual de campo *Pra recoller contos galegos* (1970), de Vicente Risco, quien a lo largo de su dilatada trayectoria se había ocupado de diversos aspectos del folklore de Galicia.

En otros casos, y cuando aparezcan bajo la denominación de Cuentos populares españoles o de España, se tratará —por lo general— de compilaciones extraídas de colecciones anteriores o de reelaboraciones más o menos

literarias, como la de Manrique de Lara (1971) o las recientes de Antonio Rodríguez Almodóvar (1983-1984) y José María Guelbenzu (1998). Esfuerzos muy destacables y sistemáticos de recopilación específica de cuentos se deben a Julio Camarena, por más que sus recogidas respondan también a planteamientos provinciales, así en sus *Cuentos tradicionales recopilados en la provincia de Ciudad Real* (1984) o en su magnífica obra de *Cuentos tradicionales de León* (1991).

El propio Camarena y Maxime Chevalier, publicarán, en el apartado de catálogos, un inestimable *Catálogo tipológico del cuento folklórico español* (1995-1997), que —basándose en el *Index of Spanish Folktales* de Ralph S. Boggs (1930)— adapta los motivos y tipos universales de Aarne-Thompson ([1910] 1928), con los que se han venido clasificando universalmente los cuentos, a las características de la narrativa popular hispana; más recientemente, Monserrat Amores editará también un minucioso y útil *Catálogo de cuentos folklóricos reelaborados por escritores del siglo XIX* (1997).

La recopilación de Espinosa y los estudios que dedicará a la colección de cuentos que resultará de la misma marcan juntos un hito no conseguido por nada de lo que se había recogido y publicado antes, ni tampoco superado por todo lo que se editará después. No hay, en efecto, una compilación comparable de toda España que se base en materiales recopilados directamente por el trabajo de campo del propio autor ni un análisis de los materiales tan detallado e iluminador.

Como folklorista norteamericano de su tiempo, Espinosa entendía el folklore en cuanto que disciplina auxiliar de la antropología, de la etnología, la historia, la psicología, la sociología, la religión y la literatura, pero —según veremos luego— constituía también un tipo de estudio del folklore bastante peculiar dentro de lo que iría siendo el panorama general de la folklorística en los Estados Unidos.

Mientras que otros folkloristas se inclinarían más hacia el estudio de las creencias, supersticiones y rituales, Espinosa se centraría en el análisis de la literatura popular. Ello encajaba bastante adecuadamente dentro de las líneas fundamentales de investigación que el folklore había tenido en los Estados Unidos cuando él empezó sus trabajos, si bien con el tiempo incluso los estudios sobre literatura oral —o *verbal art*, según la denominación acuñada por el antropólogo William Bascom— habrían de acercarse cada vez más a la antropología (Bascom, 1981: 65-75). En este sentido, la aproximación de Espinosa al folklore puede resultarnos hoy demasiado impregnada de historicismo, pero hay que tener en cuenta que él procedía del campo de la literatura comparada, que tenía una formación filológica y que, como muchos folkloristas europeos de aquella época, era un

seguidor declarado del método histórico-geográfico que la escuela finlandesa había utilizado con brillantez. En este sentido, por sus preocupaciones y métodos, pero también por otros motivos que analizaremos después, Espinosa pertenecía a dos mundos y participaba de dos formas cada vez más distintas y separadas de concebir el folklore.

Es preciso conocer todo esto para comprender las líneas introductorias de Espinosa en la edición española de su Colección de cuentos: allí hace un rápido repaso de las teorías hasta entonces vigentes sobre los cuentos y sus orígenes y coloca a su colección dentro de ese marco difusionista que le era tan querido. Recuerda el planteamiento de los Grimm y, más tarde, de Max Müller, que defendían el origen indogermánico de los relatos tradicionales recogidos por los primeros. Luego, cuando se descubrió que esas historias no eran exclusivas de la herencia aria, Teodoro Benfey elaboró una nueva teoría según la cual procederían de la India la mayoría de los cuentos populares modernos ahora extendidos por todas las partes del mundo.

Esta postura «orientalista» fue combatida por Andrew Lang, quien pretendía explicar las semejanzas entre los cuentos de distintos pueblos basándose en la hipótesis de que «los primitivos», en cualquier latitud, piensan y obran de manera parecida. Espinosa compartía la teoría de Benfey, aunque con matices, y así creía que a través justamente de España se habían transmitido muchos cuentos y leyendas orientales a otros países europeos.

Esos relatos no pasaron a la tradición española sólo a partir de fuentes escritas, como podría ser el caso de la traducción del *Calila y Dimna* al castellano, ordenada por Alfonso X el Sabio, sino que —en la opinión de Espinosa— habrían sido introducidos en nuestra cultura oralmente por medio de los árabes y judíos que, durante siglos, vivieron en España. En esa línea, Espinosa se refiere incluso a tradiciones orales ibéricas y fenicias que hubieran podido pervivir en nuestro país, para concluir:

Los imperios, las lenguas, las civilizaciones desaparecen, pero la humanidad, sus costumbres, sus ideas, sus leyendas y sus cuentos persisten para siempre, si bien sufren modificaciones importantes de generación en generación (Espinosa, 1946, vol. I: XXVI).

Y el folklorista, intenta, así, demostrar en el estudio de sus cuentos —citando las fuentes más remotas— que España habría servido de canal por el cual un rico caudal de cuentos y leyendas de procedencia oriental pasó a otros lugares de Europa. Porque, para Espinosa, los problemas que se nos presentan en la investigación de los cuentos populares

—y a los cuales él dedicaría muchos años de trabajo— son de diverso orden, entre los cuales el origen y la evolución se presentan como los más importantes. Estos problemas serían:

1. Su origen, ya sea éste —como él precisa— de procedencia única o múltiple.
2. Su razón de ser, las causas que los originaron y que hoy les mantienen vivos. Cabría hablar quizá, actualizando la idea de Espinosa, de su función.
3. El estudio de su evolución mediante el análisis comparativo de las distintas versiones y la reconstrucción, en lo posible, de su proceso de transmisión de pueblo a pueblo.

Espinosa va a ocuparse del estudio detallado de estos aspectos a través de las distintas temáticas que aparecen en los cuentos de su colección española. Sin embargo, él sabía perfectamente que su tarea era ardua y los resultados rara vez definitivos:

Uno de los problemas del folclorista es averiguar el origen más remoto de una tradición; pero seguramente la última y más antigua que se descubre no ha de ser siempre la forma primitiva de la leyenda. Ni siquiera el Buda inventaba todo lo que contaba en sus consejos, ya que él mismo nos cuenta que narraba tradiciones antiguas (A. M. Espinosa, 1946, vol. I: XXIV).

En muchos sentidos, la obra recopilatoria, analítica y erudita de Espinosa sobre los cuentos españoles resulta peculiar e independiente, tanto respecto a lo hecho y publicado en nuestro país hasta entonces, como en relación con los enfoques más habituales en el folklore estadounidense. Si hubiera que resumir su singularidad en pocas palabras podría decirse que su trabajo resulta demasiado europeo, quizá, para ser plenamente norteamericano, y demasiado norteamericano para ser una colección de folklore europeo más.

### **La importancia de los estudios del folklore en la obra y vida de Espinosa: un folclorista entre dos mundos**

Entre 1902 y 1915 Espinosa comienza a dedicarse a la recogida sistemática de materiales de la tradición oral con destino a sus estudios filológicos y folklóricos y es esa trayectoria de recopilador de un folklore local la que le conducirá a convertirse en el recopilador de la que sigue siendo una de las más destacables —si no la más importante— colección de cuentos populares de España. Sus primeras

búsquedas tendrán lugar, como ya se ha dicho, en el territorio del norte de Nuevo México y el sur de Colorado, que había sido escenario natural de su vida y solar de sus antepasados. El folclorista había nacido el 12 de septiembre de 1880 en El Carnero, una pequeña aldea del Valle de San Luis (Colorado). Sus padres, Celso Espinosa y Rafaela Antonia Martínez, se habían trasladado allí en 1878, si bien las familias de ambos procedían de Nuevo México.

El asentamiento de los españoles en este territorio estuvo, ya en los primeros tiempos, escasamente defendido desde el punto de vista militar, de modo que a menudo los colonos tenían que ayudar a los soldados en sus tareas de defensa para repeler, juntos, los ataques de apaches, comanches y otras tribus de la zona. Los indios Pueblo, moradores habituales de ese espacio, que habían sido más o menos evangelizados por los misioneros franciscanos, se comportaban, por lo general, de forma amistosa con la población hispana. Hubo, sin embargo, momentos en que protagonizaron sangrientas revueltas.

En 1848, cuando los hispanohablantes de Nuevo México alcanzaban el número de 60.000, el territorio fue anexionado a los Estados Unidos de América. Hacia 1885, la población que hablaba el español entre el sur de Colorado y el norte de Nuevo México era de unos 100.000, mientras que la de anglohablantes no pasaba de 40.000. A partir de esa década el influjo de Norteamérica irá creciendo paulatinamente. Ser anglo o hispano, español o mexicano, no resultaba irrelevante para los habitantes de Nuevo México en aquel tiempo. Como la mayoría de ellos, los Espinosa heredarían esa preocupación —tan norteamericana, de otra parte— por el origen de los ancestros y más concretamente por la procedencia española, que es lo mismo que decir europea, de los mismos. Así, escribe José Manuel Espinosa, hijo de Aurelio y autor de la semblanza biográfica más completa que conocemos sobre el folclorista, que su familia «descendía de antepasados españoles que habían venido desde España hasta el Virreinato de Nueva España (México) y emigrado de allí a Nuevo México en los siglos XVI, XVII y XVIII, de manera que se encontraban entre los primeros colonos del norte de ese territorio» (J. M. Espinosa, 1985: 3).

El propio Aurelio intentó reconstruir la historia de su familia remontándose al más antiguo de sus ancestros, que según sus averiguaciones habría sido el capitán Marcelo Espinosa, vecino de Madrid. Éste llegó a Nuevo México acompañando a su fundador y primer gobernador, Juan de Oñate, en 1598. También, siempre según Aurelio, la rama de su madre descendía, directamente, de los primeros españoles que se asentaron en Albuquerque. Lo cierto es que sus

antecesores inmediatos, Celso y Rafaela, vivían como mejor podían en aquel azaroso mundo de la frontera. Tuvieron ocho varones y seis hembras. Aurelio asistió, primeramente, a la escuela de su padre, que era maestro. Allí los niños aprendían a leer y escribir en español y en inglés. No sucedería esto en todos los centros de enseñanza una vez los norteamericanos intensificaran su influencia en Nuevo México. Una de las canciones que, con los años, recogería Aurelio M. Espinosa en la zona decía, precisamente, así:

Ora hablaré por los maestros  
que aquí nos quieren poner.  
Sin saber el castellano  
quieren enseñar inglés.  
Los libros de Nueva York  
ya nos hablan al revés  
(en J. M. Espinosa, 1985: 131)

Aurelio, como tantos otros muchachos de aquellos lugares, ayudaría a sus mayores —por ejemplo, a su tío Ramón Martínez— en el pastoreo y en otras tareas, especialmente durante los meses de verano. También, como ellos, disfrutaría de sus ratos de ocio pescando y cazando en las montañas. Celso Espinosa, para quien sin duda la educación era lo más importante y lo mejor que podía donar a sus hijos, se trasladó con su familia a Del Norte, a fin de que los muchachos pudieran continuar adecuadamente sus estudios. Allí, Aurelio fue un aplicado alumno en Del Norte High School, y se trasladó luego a Boulder para ingresar en la Universidad de Colorado. Espinosa se graduaría en ésta en 1902, dentro de la sección de Filosofía, y comenzó su carrera profesional como profesor de lenguas modernas en la Universidad de Nuevo México en Albuquerque, durante el mismo año.

En 1905, Aurelio M. Espinosa se casa con Margarita García, también descendiente según los biógrafos de «una de las más viejas familias españolas del área de Santa Fe». A lo largo de esa época —de 1902 a 1910—, en que Espinosa imparte sus clases en la Universidad de Nuevo México, ya empieza a interesarse por el lenguaje y el folklore de la zona comprendida entre el norte de Nuevo México y el sur de Colorado. En realidad se trataba de un material que le resultaba muy familiar, pues desde niño le había interesado escuchar las leyendas, cuentos, romances y canciones que sabían sus mayores. Aurelio conectaría esta preocupación suya por conocer la cultura local con campos más generales del saber, como la dialectología y la literatura españolas. En una y otra materia se irá especializando cuando curse los estudios de doctorado en la Universidad de Chicago dentro

de las ramas de Lengua y Literatura Románicas y de Filología Indoeuropea Comparada.

Espinosa estudió allí con el profesor, de origen alemán, Karl Pietsch, quien sería, además, el director de su tesis en la Universidad de Chicago. Pietsch pertenecía a ese grupo de sabios germanos que introducirían en las universidades norteamericanas el rigor y el método de la filología comparativa de finales del siglo XIX.

La tesis doctoral que Espinosa elaborará como resultado de esa etapa va a llevar el título de «Studies in New Mexican Spanish» y será publicada, en tres partes, dentro de la *Revue de Dialectologie Romane*, entre 1909 y 1914. A consecuencia del interés provocado por este trabajo en medios filológicos, el profesor John Ernst Matske, de la Universidad de Stanford, brinda a Espinosa la oportunidad de dar clase en ese centro enseñando lenguas románicas. Hacia 1910, Espinosa había llevado a cabo ya algunos estudios comparativos sobre sus recopilaciones de literatura popular realizadas en Nuevo México, y se hallaba totalmente persuadido, tras el cotejo con las colecciones europeas que conocía, de la procedencia española de la mayor parte de los materiales recogidos por él.

A partir de entonces, Stanford se va a convertir en una especie de «cuartel general» para Aurelio M. Espinosa, que desarrollará desde esta Universidad una enorme actividad, tanto docente como de investigación; publicará de manera infatigable y proyectará sus viajes de recopilación de folklore por diversas áreas de España y de América. Espinosa desempeñará, además, el cargo de director del Departamento al que pertenecía desde 1932 hasta su jubilación en 1947.

A pesar de sus muchas obligaciones docentes y administrativas, que como vimos retrasarán la realización de algunos de sus proyectos, Espinosa encontrará tiempo para dedicar sus mayores esfuerzos a la recolección y estudio del folklore hispano, afición —si no pasión— que transmitirá a sus hijos, Aurelio y José Manuel. Gran promotor de la enseñanza del español en los Estados Unidos, Aurelio M. Espinosa llegará a editar veintidós libros de texto sobre gramática, pronunciación, conversación, etc. Fue, también, el primer editor de la revista *Hispania* —de la Asociación Americana de Maestros de Español<sup>1</sup>—, editor asociado del *Journal of American Folklore*, y presidente de la American Folklore Society entre 1924 y 1925.

Espinosa mereció ser galardonado con varios honores a lo largo de su carrera profesional: miembro de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, correspondiente de la

<sup>1</sup> American Association of Teachers of Spanish and Portuguese, AATSP.

Sociedad Chilena de Historia y Geografía, miembro de la Real Academia Española, caballero de la Orden de Isabel la Católica, miembro correspondiente de la Hispanic Society of America, comendador de la Orden de Alfonso X el Sabio, y miembro del Instituto de Cultura Hispánica. Además, fue nombrado doctor honorífico por la Universidad de San Francisco y por la de Nuevo México.

Cuando, el día 4 de septiembre de 1958, tiene lugar el fallecimiento de Aurelio M. Espinosa, sus compañeros del Departamento de Español y Portugués de la Universidad de Stanford elaborarán un escrito en su memoria recordando las muchas cualidades de Espinosa como profesor, como investigador y como persona. En él, entre otras cosas se decía:

Los centenares de alumnos y alumnas que recibieron las enseñanzas del profesor Espinosa, muchos de los cuales desempeñan ahora cargos de importancia en el mundo académico, le recordarán siempre por su altura académica, sus vivas e interesantes exposiciones y su capacidad para entender los problemas de los estudiantes (J. M. Espinosa, 1985: 25).

Una de las premisas fundamentales de los trabajos —tanto filológicos como literarios— del insigne folklorista fue el demostrar que los hispanohablantes de su tierra, en virtud del aislamiento en que se habían encontrado durante siglos, desarrollaron su lengua y su cultura directamente a partir de la que llevaron a aquellas áreas los españoles del siglo xvi. Según su parecer, los rasgos más distintivos del dialecto de Nuevo México habrían de buscarse en la Península, y por ello Espinosa creyó necesario identificar los orígenes de los primeros colonizadores de la zona. De acuerdo con sus pesquisas, éstos procedían, principalmente, de Castilla, Andalucía y Extremadura. En la opinión de Espinosa, las fuentes del español de Nuevo México —y también de su folklore— deberían buscarse en la Castilla del Siglo de Oro o, al ser esto ya imposible, en la Castilla contemporánea. Y eso es precisamente lo que hizo.

La valía de sus trabajos filológicos fue reconocida por hispanistas como Amado Alonso, quien escribió en el prólogo de la edición de los *Studies...* que «la obra de Espinosa presenta sistemáticamente el estudio más rico con el que contamos sobre formas dialectales; ningún otro dialecto, ni antes ni después de él, ha sido tan minuciosamente catalogado en sus variantes fonéticas y morfológicas» (en J. M. Espinosa, 1985: 18).

Espinosa se interesó, además, en sus trabajos de dialectología, por la influencia del inglés en el español de Nuevo México, un campo —éste de la mutua influencia entre lenguas— que cada vez iría adquiriendo más importancia

dentro del ámbito de la filología y la lingüística en los Estados Unidos. En la caracterización de las formas dialectales, Espinosa recurrió, frecuentemente, a ejemplos extraídos de sus materiales folklóricos. Fue también por ello por lo que, poco a poco, Espinosa amplió el número de áreas encuestadas incluyendo zonas de California, Texas, México e, incluso, España.

Como otros folkloristas norteamericanos, Espinosa identificó, desde el inicio de sus investigaciones, folklore con *folk literature* o literatura popular. Así, escribe en 1910: «Estoy en el momento presente especialmente interesado en las facetas literarias y lingüísticas del folclore español».

Con igual franqueza manifestaba su confianza en el método comparativo y, más concretamente, en la metodología histórico-geográfica desarrollada por la escuela finlandesa de folklore: «El método comparativo de estudiar folklore, que es, al mismo tiempo, histórico, me parece el único mediante el cual se pueden conseguir buenos resultados. Proseguir este método para progresar en todas las ramas de nuestro estudio es una larga, laboriosa tarea» (A. M. Espinosa, 1910: 395).

No muy lejos de los planteamientos de Espinosa se encontraba Ramón Menéndez Pidal, que en su estudio del romancero oral utilizará métodos semejantes. Cuando, a partir de 1906, el filólogo español inicia un gran proyecto de recopilación de la balada hispana, muchos coleccionistas particulares, como Espinosa, colaborarán con él de buen grado, aportando sus propios materiales a tan gigantesca empresa. A diferencia de Menéndez Pidal, Espinosa procuró ser siempre el recopilador directo del folklore que luego estudiaría, sirviéndose sólo, muy excepcionalmente, de las recolecciones de amigos o familiares para contrastar las versiones de aquéllos con las suyas.

Espinosa conoció a Menéndez Pidal en 1909, durante una visita de éste a los Estados Unidos, comenzando entonces entre ambos lo que luego sería una larga y duradera amistad. En el viaje que, como ya hemos visto, Espinosa realiza a España para recopilar, sobre todo, cuentos de tradición oral, la constante colaboración de Menéndez Pidal resultará de gran importancia. Pero como filólogo y como folklorista, Espinosa se relacionó con otros muchos ilustres colegas de Europa y América, manteniendo con ellos continua correspondencia y activo intercambio de trabajos e información.

Además, Espinosa fue amigo muy apreciado de antropólogos como Franz Boas y Elsie Clews Parsons o de historiadores como Herbert E. Bolton. Elsie Clews Parsons (1875-1941), que se había doctorado en antropología por la Universidad de Columbia en 1899, se interesó primeramente por el estudio de la familia norteamericana

y el feminismo, pasando después a centrarse en aquellos aspectos que, desde la cultura, ejercen un control sobre el individuo. Fue pionera en la aproximación al folklore afroamericano, y una cuidadosa recolectora que insistía en el registro de los más nimios detalles en cada recopilación. Era una gran defensora del trabajo de campo etnográfico y colaboró desinteresadamente con su fortuna personal, desde la American Folklore Society, en la financiación de proyectos de colegas y amigos suyos, como Espinosa, con el que había coincidido en un mutuo interés por el folklore de los indios Pueblo, ya que estaba convencida de lo mucho que las nuevas recopilaciones, en el campo de la cultura popular hispana, podían aportar a un mayor conocimiento de las relaciones entre lo indígena, lo africano y lo europeo en América.

Franz Boas (1858-1942) también era un antropólogo algo especial. Nacido en Alemania, se instaló en Norteamérica, en parte huyendo del antisemitismo que se enseñoreaba crecientemente de su país de origen. Boas, quien —siguiendo en un principio el método difusionista— se esforzó en discernir las posibles influencias asiáticas entre los indígenas de Norteamérica, creía que las tradiciones verbales de cada pueblo eran las que mejor podían expresar la cosmovisión y sistema de valores de su cultura. Fue el fundador de una escuela antropológica que llegó a contar en la nómina de discípulos con algunos de los investigadores más destacados de su época, como Alfred Kroeber, Margaret Mead, Ruth Benedict, Robert Lowie, Edward Sapir o Paul Radin.

Su trabajo se desarrolló dentro del marco teórico del «relativismo cultural», opuesto a la concepción del «evolucionismo cultural» que había estudiado las diferencias de la humanidad de acuerdo con unas fases de desarrollo (salvajismo, barbarie y civilización), que inapelablemente tenderían a cumplirse. Boas revisará también el enfoque difusionista que contribuía, desde planteamientos eurocéntricos, a apuntalar esa aproximación al devenir humano a partir de escalas de supuesto perfeccionamiento. E inauguraría un difusionismo a la norteamericana, o «particularismo histórico», que va a estudiar la expansión de elementos o rasgos por un área cultural desde un foco originario. A Boas le preocupaba especialmente la lingüística, ya que pensaba que la lengua constituía un aspecto fundamental para la comprensión de la cultura y que funcionaba de manera muy semejante a ella, llegando a establecer analogías entre los fenómenos culturales y lingüísticos, pues unos y otros eran, en su opinión, de naturaleza principalmente inconsciente. Consideraba Boas, sin embargo, que antes de aventurarse a estudiar los mitos y

demás relatos de las sociedades primitivas del pasado, había que conocer cómo funciona en época contemporánea la creación y transmisión de ellos en ese tipo de sociedades, ya que seguramente sus recursos expresivos y de difusión seguirían siendo los mismos. Y, por supuesto, a Boas le interesaba enormemente el folklore, lo que no era ni mucho menos corriente entre los antropólogos norteamericanos de aquel momento. George Foster, alumno de Kroeber —que lo fue a su vez de Boas— y viajero en España, como un nuevo Espinosa, para realizar un trabajo de campo que por sus resultados le permitiera constatar la influencia española y europea en las culturas americanas, reconocerá esa inclinación de la línea de investigación que él seguía hacia la folklorística: «Todos nosotros hacíamos folklore» —dijo al referirse a los discípulos de Boas— (Zumwalt, 1988: 68).

Pero aunque coincidiera con Boas y algunos de sus discípulos en el interés por el folklore, y compartiera planteamientos metodológicos semejantes, Espinosa no buscaba exactamente lo mismo, ni lo hacía de la misma manera. El tipo de su preocupación identitaria, como motivación o resorte fundamental en sus pesquisas folklóricas, era más europea que norteamericana, y sus conceptos sobre el folklore debían más a las tradiciones eurocéntricas y evolucionistas, tan proclives al indoeuropeísmo —que Boas había revisado, aunque no combatido— que a la orientación, mucho más relativista y contemporánea, que Boas confería al folklore, y que marcaría, en parte, el rumbo de esta disciplina en los Estados Unidos.

Según ya se apuntó anteriormente, Espinosa efectuó su trabajo de campo en tres áreas principales, aunque también llevara a cabo sondeos en alguna otra. De 1902 a 1911 realizó sus recopilaciones más intensivas en Nuevo México y sur de Colorado, si bien seguirá haciendo incursiones, entre 1912 y 1932, o visitas esporádicas en los años treinta, cuarenta y cincuenta sobre la misma zona. De 1911 a 1919 recogió sus materiales de California y en 1920 emprendió viaje a España.

En su trabajo de campo Espinosa anotaba a mano lo que el informante le transmitía, registrando las peculiaridades lingüísticas que afectaban a la pronunciación, vocabulario y gramática. Sólo en algunas ocasiones realizaba transcripción fonética de la recopilación. Cuando Espinosa inicia sus encuestas, la población de hispanohablantes en Nuevo México era de unos 175.000 y la del sur de Colorado de unos 50.000. De los 150.000 que vivían en el área explorada por Espinosa —y según sus propias estimaciones— aproximadamente 80.000 no hablaban inglés, aunque entendieran algunas palabras en ese idioma.